

VISITACIÓN.—¡Y si no! Pa que sea la cara más linda y te la envidée la mozada.

JUANA.—Gracias, ña Visitación. (*Serapio echa dos o tres monedas en la bandeja que le presenta una de las muchachas*).

VISITACIÓN.—¿Y usted, compadre? Entuavía no está pa el desperdicio.

NICANOR.—Así me ha dicho alguna. (*Deja también sus monedas*).

VISITACIÓN.—Bueno, a otra esquinita, que aquí ya hubo pan. Incorporate, Juana, y hasta luego. A ver. ¡Que siga la música!

TODOS.—¡Que siga, que siga! (*La orquestilla comienza de nuevo su marcha*).

VISITACIÓN.—(*A Juana*). Aquí adelante, pa que no se nos nieguen los roñosos. ¡Paso a la Juana Figueroa! (*Vivas, gritos, y la caravana, precedida por Juana y la Visitación, sigue su camino. Breve pausa*).

SERAPIO.—Vos te reirás.

NICANOR.—¡Pa qué! Estás prevenido y consentís. No sos hombre. La Juana se ríe de vos, se seguirá riendo siempre.

SERAPIO.—Es que yo no sé sino quererla, Nicanor; es que yo soy bueno, Nicanor. Trabajo cuanto puedo; traigo a casa cuanto gano. Trabajo y sudo allá abajo pensando siempre en ella y en Martín. Pa que no les falte nada. Y nada nos faltaba antes, ni alegría, cuando yo regresaba contento del taller, haciendo sonar los riales dentro del bolsillo. Y ya de lejos la veía en la puerta, allí, medio recostada en el marco, con las manos ansina, como un alero de sus ojos grandotes y lindos. Y ahora... ahora apenas para en el rancho.

NICANOR.—Y no sabís lo peor. (*Serapio lo mira asombrado*). No sabís lo peor, te digo.

SERAPIO.—Decílo, pues.

NICANOR.—Ahora no. Cuando no sepas llorar. (*Serapio se seca rápidamente las rebeldes lágrimas y compone el rostro*).

SERAPIO.—¡Decílo!

NICANOR.—Ahora tampoco. Lo que yo te digo, tenís que oírlo con el cuchillo en la cintura, y el tuyo está junto al fuego.

SERAPIO.—(*Toma el cuchillo y se lo coloca*). ¡Decílo!

NICANOR.—Ahora sí. (*Adentro llora Martín*).

MARTÍN.—¡Tata! ¡Tata! (*Serapio pierde instantáneamente su fiereza para escuchar a su hijo*).

SERAPIO.—Esperá.

MARTÍN.—¡Tata!

NICANOR.—Ahora tampoco. Suponete que estás en la cárcel y te llaman así. (*Sale Martín y se echa en brazos de su padre*).

MARTÍN.—¡Tata! ¡Tata! ¡Tengo miedo, tata!

SERAPIO.—¡Mi hijito!

NICANOR.—¿No te dije? Ahora tampoco. ¡No sos hombre! ¡Ahora tampoco!

TELÓN.